

## La Visión Europea de las Plantas Medicinales del Nuevo Mundo. La Obra del Doctor Nicolás Monardes

CARLOS VIESCA-TREVIÑO\*

Durante el siglo XVI Europa debió enfrentarse a la presencia de otro mundo cuya existencia no había imaginado. Un gran continente surgido de improviso, en donde debiera estar el fin del mundo, constituyó un reto para el pensamiento y la imaginación de quienes presenciaron el hecho. La medida de lo humano se había venido imponiendo poco a poco, para entonces, a la proporción de lo divino que dirigiera la vida medieval. El hombre, medida de todas las cosas, de los antiguos sofistas, había vuelto a levantar cabeza en los sistemas de proporciones de Brunelleschi y Bramante, en el hombre geométrico, de Leonardo Da Vinci en el discurso sobre la dignidad del hombre de Pico della Mirandola, en la figura de humanistas, hombres de letras, descubridores y conquistadores. Descubrir nuevos mundos en cada fragmento de la naturaleza fue la tarea de esas generaciones. Dar forma a quimeras apenas imaginadas, encontrar su sitio en el orden cósmico a los miles y miles de seres y objetos que iban cobrando forma en los más remotos rincones del orbe, tal fue su logro.

Trabajo de ingreso a la Academia Nacional de Medicina, presentado en sesión ordinaria del 10. de julio de 1987.

\*Académico numerario. Departamento de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México.

De la hueste de estos hombres, pioneros de la modernidad, destacaré en las páginas que siguen a la figura de un médico sevillano, el doctor Nicolás Monardes, quien, a través de su larga vida, robó horas al sueño y a la atención de sus pacientes y empresas comerciales para reunir datos y noticias de las plantas y otras cosas útiles para la medicina, que llegaban a su ciudad natal, procedentes de esas Indias Occidentales que, en el periodo en que él vivió, se estaban convirtiendo en la contraparte, del Viejo Mundo.

Parte fundamental de los nuevos conocimientos que habían de terminar por cambiar el concepto del mundo y de la ciencia, la historia de las plantas, como entonces se llamaba a la botánica, tuvo entonces un auge espectacular. Iniciado por la ansiosa búsqueda de las plantas exóticas prescritas en los textos médicos árabes, continuó mediante el descubrimiento de códices y palimpsestos conteniendo las obras de Plinio y Dioscórides, para culminar en el inmenso flujo de especies conocidas de oídas y hasta entonces ignoradas que arribaron a los puertos europeos. Para 1565 Monardes publicaba en Sevilla sus Dos libros "*de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al uso de la medicina*", fruto de infatigables pesquisas y experiencias, el que sería seguido por un segundo y un tercero, seis y nueve años después respectivamente. No fue la suya la

única obra de este género en salir de las prensas. Ya hacía muchos años había aparecido el *Sumario de la historia natural de las Indias (1526)* de Gonzalo Fernández de Oviedo,<sup>2</sup> que pronto fuera seguido por los primeros diez y nueve libros de su *Historia general y natural de las Indias (1535)*,<sup>3</sup> cuya segunda parte sólo vio la luz pública trescientos años después.<sup>4</sup> En 1563, García d'Orta publicaba en Goa sus *Coloquios dos simples, e drogas he cousas medicinais da Índia*,<sup>5</sup> el que sería seguido por el *Tractado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales* de Cristóbal de Acosta, en 1578;<sup>6</sup> entre tanto ya se habían llevado a cabo, teniendo a México como centro, las dos monumentales obras de Fray Bernardino de Sahagún<sup>7</sup> y del protomédico Francisco Hernández,<sup>8</sup> ambas desafortunadamente publicadas muchos años después. Esto habla del gran interés existente en conocer y ordenar la nueva botánica que debería agregarse a la derivada de Dioscórides, cuya obra también había tenido varias ediciones para entonces, entre otras la de Antonio de Nebrija, con la traducción latina de Ruelle, que fuera estudiada por Monardes durante sus años de estudio en Alcalá de Henares.

Veamos ahora quién era Nicolás Monardes, antes de analizar brevemente su obra y tratar de delimitar su trascendencia. Hijo de un librero genovés del mismo nombre, nació entre fines de 1507 y principio de 1508, quedando definitivamente descartada, a mi modo de ver, la fecha de 1493 que se había venido dando tradicionalmente como la correcta.<sup>9</sup> Siendo lo más probable que hubiese cursado algunos estudios en su natal Sevilla, pasó a la flamante Universidad de Alcalá de Henares, fundada apenas un cuarto de siglo antes por el Cardenal Jiménez de Cisneros, donde se graduó como Bachiller en Artes, en 1530 y en Medicina tres años después. Debiendo de cumplir con el requisito, hecho válido en todas las universidades españolas, de trabajar por dos años con un médico prestigiado antes de poder optar por los grados de maestro y doctor, Monardes regresó a Sevilla, donde lo hizo al lado del doctor García Pérez de Morales. El buen éxito profesional y su abundante clientela le distrajeran al parecer de tal fin, por algunos años, dado que es solo en 1547, cuando decide hacerlo y obtiene dichos grados en la Universidad Sevillana de Santa María de Jesús. Entre tanto había contraído matrimonio, diez años antes, con Doña Catalina Morales, hija de su maestro y protector. Monardes médico exitoso y prestigiado, ejerció sin nunca dejar Sevilla por poco más de cincuenta años, contando entre sus pacientes a ilustres personajes de la nobleza sevillana, como el Arzobispo Dn, Cristóbal de Rojas y Sandoval, la Duquesa de Béjar, el Duque de Alcalá y su esposa, hija nada menos que de Hernán Cor-

tés... A lo largo de todos estos años inquirió incansable a cuanto viajero regresaba de la lejana América, acerca de los remedios que para los más diversos males habían tenido noticia en aquellas tierras. Procuró conseguir plantas y otras sustancias e incluso las encargó ex profeso; sembró y trató de que se reprodujeran en su jardín sevillano; las estudió en los museos que, como el de Argote de Molina, habían recogido y resguardado especies curiosas.

Si bien sus libros sobre las medicinas procedentes de las nuevas Indias no fueron las únicas obras en su género, tampoco fueron las únicas salidas de la pluma de Monardes. Además de publicar en 1535 una traducción de la *Sevillana Medicina* de Juan de Aviñón, cuyo original había llegado a él como legado de familia, Monardes desde muy joven prestó atención e interés a los quehaceres literarios originales. Ya en 1536 publicaba, en forma de diálogo, una obra que intituló *Pharmacodilosis*, en la que estudiaba las propiedades de los medicamentos en uso, dando marcada preferencia a los procedentes de la tradición de los autores clásicos. Más tarde le seguirían unas breves obras de carácter botánico sobre las rosas y los cítricos y otra de carácter médico destinada a la exposición de su opinión acerca de si la sangría en casos de pleuritis debería hacerse en el mismo lado de la lesión como recomendaban los autores griegos, o contralateral, como preconizaban los árabes,<sup>9</sup> opinión que por cierto habría de ser acremente combatida por el doctor Francisco Bravo en una sección de su *Opera Medicinalia*, (1570), la primera obra médica publicada en América.<sup>10</sup> Su mayor fama se debe, sin embargo, a los tres libros que, entre 1565 y 1574, publicó sobre los medicamentos procedentes de las Indias Occidentales y que, traducidos tanto al latín como a todas las lenguas europeas, en las que se publicaban entonces obras médicas, alcanzó la friolera de alrededor de treinta ediciones antes del fin del siglo, muestra de una popularidad raras veces igualada por otro libro.<sup>11</sup> Con la primera parte de su obra sobre los productos americanos, Monardes publicó un librito que versa sobre la piedra bezoar y una hierba, denominada escuerzonera que, descubierta apenas treinta años antes en Cataluña, es considerada por el autor como el mejor remedio accesible para contrarrestar los efectos del veneno de escorpión.<sup>12</sup> La segunda parte publicada como ya se dijo en 1571, fue acompañada de un tratado acerca de la nieve y sus propiedades, escrito por cierto, muy semejante al publicado poco tiempo antes por el doctor Franco, otro afamado médico sevillano. En la edición de 1574 que engloba todas estas obras se incluye otro nuevo tratado, el *Diálogo del Hierro, y de sus grandezas*, en el que volviendo Monardes a su forma literaria se expone en las virtudes de ese metal del que tan-

tas armas y herramientas se hacían, deteniéndose a ensalzar las ventajas de las agujas de coser y de "marear", esta última factor de los grandes descubrimientos al permitir a los marinos no perder el norte.<sup>13</sup>

Es tradición que, aún muy viejo, Monardes continuaba escribiendo. Su impresor de 1580, Hernando Díaz, afirmaba que para entonces tenía otras tres obras terminadas y aún inéditas, y, en su propio testamento, el doctor hacía legado del manuscrito de un libro sobre medicina en el que había trabajado a últimas, fechas, a uno de sus hijos.

Médico famoso, escritor y comerciante acreditado, no obstante serios tropiezos que tuvo en 1568, año en que llegó a declararse en quiebra y refugiarse en un convento, Nicolás Monardes muere el 10 de octubre de 1588 a consecuencia de un accidente vascular cerebral; "de cierta poplexía que le dió", como dijeron entonces sus vecinos.<sup>14</sup>

Este es en breves líneas el personaje. Enfoquemos ahora nuestra atención en la obra, específicamente en lo tocante a los fármacos americanos.

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que la práctica médica del Monardes de 1536, recién egresado de las aulas complutenses y autor de la *Pharmacodilosis*, difiere radicalmente de la que haría cuarenta años después y que ésta diferencia no se debía solamente a la adquisición gradual de experiencia y al desarrollo de un juicio profesional, sino a la exploración del nuevo mundo de los elementos terapéuticos de origen americano.

Al inicio, su práctica médica era, lógicamente, muy apegada a criterios derivados de textos, si bien estos eran de tendencia clasicista, hipocrática, según la tendencia reinante en Alcalá. Prescribía remedios consignados en los libros antiguos, bien conocidos, en tanto que confesaba desconfiar de los medicamentos extranjeros y más aún de los exóticos. En su *Pharmacodilosis* hacía referencia a las malas experiencias que tenía usando fármacos procedentes del Nuevo Mundo. Sin embargo, no obstante esta actitud renacentista en lo tocante a los autores aceptados, pero escolástica en cuanto a la negación de la apertura, no fue la suya por mucho tiempo. Hombre congruente con lo que sucedía en su época y con el espíritu de la misma. Monardes puso su empeño y sus expectativas en la experiencia y no se cerró manteniendo la ineficacia de los nuevos medicamentos, sino se prestó siempre a usarlos dándoles la oportunidad de mostrar sus acciones y dándose así mismo la de emplearlos. Esto no sucedió así como así. Monardes tuvo fuertes resistencias muchas veces y es seguro que haya deshechado algunas de las sustancias probadas, pero otras veces cedió a la curiosidad y aceptó usarlas quedando convencido de su utilidad.

Se topó con medicinas que solo conocía de oídas, más nunca en la práctica, es más, ni siquiera las había visto de cerca. Este es el caso de la piedra bezoar. Sabía de ella por la lectura de los autores griegos, latinos y árabes, en especial Dioscórides, uno de sus autores favoritos, Plinio, Rhazés, Averroes y Maimónides. "...En los tiempos pasados fue de grande estima, y tenido en mucho por sus grandes virtudes y maravillosos efectos, que tiene para contra todo veneno y accidentes dél... Pero el tiempo afsi como es descubridor de todas las cosas, afsi es destruydor y consumidor dellas, porque ha muchos años que nos la ocultó y escondió, de tal manera, que no sabíamos más que era de piedra Bezoar que si nunca fuera..."<sup>15</sup> Con estos antecedentes, cuando llega a su conocimiento el que en la corte imperial se conocían los bezoares y se estaban empleando para el tratamiento de los desmayos", que se podían adquirir en Lisboa y, además, contaba con el paciente adecuado por su enfermedad y su riqueza para emplearlo en él, Monardes no vacila y consiente en probar la piedra siguiendo las indicaciones de Dioscórides. Más tarde, habiendo logrado con ella espaciar la presentación de los "desmayos", decidió usarla diariamente, a guisa de prevención, teniendo excelentes resultados.<sup>16</sup> Esto sucedió hacia 1555. Años después, en la Segunda Parte de las cosas que traen de nuestras Indias... que, como hemos visto, publicó en 1571, hace mención de los bezoares del Perú que le enviara, Pedro de Osma, de allá; tras describirlos y señalar sus diferencias con los de las Indias Orientales afirmó: "...cuentan maravillosos efectos dellas, que parecen milagros, Yo quebré una y la di hecha polvos a un mozo, que dezían que le avían dado veneno, no se si los otros beneficios, o ella le sanaron muy bien..." y añade: "Usaré de ella en otras enfermedades".<sup>17</sup> En la tercera parte de esa misma obra, 1574, incluye ya un capítulo acerca de las piedras bezoares del Perú en el que, amén de detallar los datos conocidos de las llamas y el sitio en que se encuentran sus bezoares, resume la experiencia que ha tenido al emplearlos. Para entonces las ha usado contra desmayos y venenos, en enfermedades cardíacas, pestilencias y "tavidete" (tifo), en casos de melancolía y de lepra, en cuartanas, en la "alfereza" y en la gota coral. "En fin —dice— damos esta piedra en todas las enfermedades largas e importunas..."<sup>18</sup> Como se ve, pasa nuestro autor de la ilusión de encontrar un medicamento tan preciado como inaccesible, al entusiasmo que le lleva a considerarlo como la panacea útil para todos los males del cuerpo, especialmente los derivados del veneno. Sin embargo, lo que interesa destacar aquí es el papel que él da a la experiencia. Sabía del bezoar por los libros, una vez conseguido lo utiliza de acuerdo a lo conocido; encontrando un semejante americano,

lo prueba en una serie de pacientes con dolencias diversas y sólo entonces da rienda suelta a su emoción. El proceso duró cerca de catorce años.

Esta actitud abierta fue similar para otras plantas del Nuevo Mundo. "Yo he investigado mucho, de los que vienen de Nueva España..."<sup>19</sup> En efecto, desde que Monardes probó la miel del descubrimiento científico, del conocimiento novedoso y el nimbo de gloria que le reportaba su aplicación, no dejó de buscarlo. La suya no era una investigación rebuscada, era la utilización directa de nuevos remedios a viejos males que continuaban afligiendo a la humanidad.

La analogía que fue el procedimiento de indagación científica puesto en práctica por Monardes, sirvió para justificar una aproximación a otras plantas. Tomemos a la zarzaparrilla por ejemplo. Su uso se popularizó en Sevilla alrededor de 1550. Monardes menciona en 1565 que haría veinte años que fuera llevada de la Nueva España, porque era allá usada por los indios "por gran medicina", con que curaban muchas y muy varias enfermedades".<sup>20</sup> Desde el nombre mismo le fue dado recordando la zarzaparrilla europea, aunque comenta nuestro autor que al inicio se usaba según el modo recomendado por quienes venían de Nueva España. Después se centró todo el interés en sus efectos para tratar la sífilis, cuyas terribles epidemias y las serias consecuencias que resultaban de sus estadios tardíos habían causado tantos estragos a partir de su primera aparición con esta nueva faz en febrero de 1543. Una serie de recetas que se van perfeccionando poco a poco es transcrita por Monardes en el capítulo correspondiente, finalizando con su propio jarabe con el que, a más de curar a pacientes en quienes habían fracasado todos los demás tratamientos, no les causaba las molestias que las otras recetas conteniendo mucha mayor cantidad del fármaco. Esto marca otra preocupación importante de Monardes que se habría de hacer característica de la farmacología posterior, y que es la consideración de los efectos colaterales y tóxicos de las drogas.

Con la zarzaparrilla nos hemos acercado al problema de la sífilis, para el cual los fármacos americanos se habían mostrado eficaces ante la impotencia de los tratamientos tradicionales y la alta toxicidad de los unguentos mercuriales. Otros dos medicamentos, además de la raíz de zarzaparrilla, son descritos detenidamente por Monardes: el guayacán y la raíz de la china que, como su nombre lo indica, procedía de oriente de donde era llevada a Europa por los portugueses.

Con el guayacán no tuvo Monardes que desvelarse para decidir si experimentaría o no sus efectos terapéuticos, pues era ampliamente conocido en el momento en que él se graduó como bachiller en Medicina. Medicina de elección para el mal de bu-

bas, como era llamada la sífilis entonces, había sido descubierta por los españoles cuando un indio de la Isla de Santo Domingo la administrara a un español que padecía fuertes dolores por dicha causa. Pronto el conocimiento y la madera misma fueron difundidas por toda España y el resto de los países europeos a través de Sevilla. Con el agua del guayacán, rebautizado como Palo Santo, se lograban fuertes sudores y la remisión a veces total, de las molestias provocadas por el mal. Monardes no hace en esto caso sino repetir en sus pacientes experiencias de otros que llevaban más de un cuarto de siglo trabajando con esta substancia, reafirmando que en su práctica había encontrado mucho más efectiva el agua de guayacán pura, que ninguna de las mezclas que se había intentado poner en boga.<sup>21</sup>

Creo importante hacer resaltar que en este caso particular Monardes contribuyó también haciendo la descripción botánica correcta del árbol, cuya identidad era en su tiempo motivo de confusión y controversia. "Es un árbol grande, del tamaño de una enzina, echa muchas ramas; la corteza la despide de sí quando seco, gruessa, gomosa: tiene el corazón muy grande, que tira a negro: todo el es muy duro, tanto y más que Ebano: echa la hoja pequeña y dura; y cada año echa unas flores amarillas, de las quales se engendra un fructo redondo y macizo, con pepitas de dentro, del tamaño de níspero."<sup>22</sup> Así mismo logra distinguir entre esta variedad, el *Guaiacum Sanctum* L. de los botánicos modernos y el existente en Puerto Rico, *Guaiacum Officinale* L., "que es más pequeño, y lleva el tronco y las ramas más delgadas, y no tiene casi corazón..."<sup>23</sup>

El guayacán fue importado por España en grandes cantidades y de allí distribuido al resto del Continente a través de un monopolio concedido por Carlos V a sus banqueros, los Fugger, con quienes Monardes muy probablemente tuvo relaciones, ya que en 1564, un año antes de su primera publicación sobre los simples americanos en la que incluyó el guayacán, fue visitado en Sevilla por Jacobo Fugger y su preceptor Clusio, quien contribuiría importantemente a difundir la obra de Monardes mediante su traducción al latín. Se sabe que los Fugger distribuyeron cantidades importantes de dinero entre los médicos que prescribían el palo santo y los demás medicamentos contra las bubas cuyo comercio controlaban y, aunque no se ha encontrado ninguna documentación que pruebe que ese fue el caso de Monardes, queda abierta una fuerte posibilidad de que así haya ocurrido, sobre todo sabiendo que éste se involucró en negocios de compra y venta de medicamentos incluso hasta sus últimos años. Para darse una idea de la importancia comercial del rubro basta mencionar que en 1568 o sea tres años después de la primera edición de la obra de Monardes, entraron a Sevilla 2700 quintales de

guayacán, con un valor de 9,180,000 maravedíes.<sup>24</sup> Desgraciadamente no se cuenta hasta ahora con las cifras anuales para poder discernir la influencia que pudiera tener obras como las de Monardes en el consumo del fármaco.

Por cierto que, en lo tocante al origen de la sífilis, Monardes se declara en pro del origen americano preconizado por Ruy Díaz de Isla y por Fernández de Oviedo señalando con candidez que si bien el mal provenía del Nuevo Mundo, Dios también había enviado de allí el remedio.

Dejando de lado la teoría puramente humoral que atribuía la enfermedad a "los malos mantenimientos melancólicos", aquellos que hablaban de **influencias celestes como las conjunciones de Saturno y Marte**, se declara en favor de una mala simiente "inficionada" a través de la "conversación", es decir contacto sexual, de los españoles con las indias y los indios con las españolas;<sup>25</sup> esto último sucedió de manera prácticamente compulsiva a raíz del arribo de Colón, recién llegado de las Indias, a la corte de Fernando el Católico, que a la sazón se encontraba en Nápoles.

De otros medicamentos obtuvo Monardes noticias a través de viajeros, marinos, soldados, comerciantes, en fin, de cuanta gente venía o enviaba noticias del Nuevo Mundo. Las relaciones comerciales que mantenía con América a través de la casa de contratación le permitieron acercarse a todos estos personajes. Es muy probable, dadas sus excelentes relaciones con la nobleza y la alta burocracia sevillana, que Monardes conociera a Fernández de Oviedo, cuando en 1549 permaneció por un largo tiempo en la ciudad en espera de poder retornar a Sto. Domingo, ocupándose entre tanto de la redacción de la segunda parte de su historia. Llama sin embargo la atención el que Monardes no le mencione en su obra, cuando abunda de citas de personajes que le sirvieran de una u otra manera de informantes. Es seguro que conservó y obtuvo importantes datos del franciscano de nombre desconocido que llevó y logró aclimatar en Sevilla la planta de la que se obtenía la raíz de Michoacán,<sup>26</sup> aunque el primer contacto de esa planta lo tuvo a través de un genovés, Pascual Cataño, quien, enfermo, insistió en que se le purgara con dicha raíz, a la que denominaba "un Ruybarbo de Nueva España" en lugar de hacerlo con los purgantes tradicionales. La primera reacción de Monardes fue de rechazo: "Yo le abominé el uso de semejantes medicinas nuevas, de que no teníamos cosa alguna escrito, ni sabido, y persuadile se purgase con las medicinas que acá teníamos, de que tanta experiencia y conocimiento avía y estava descrito della por sabios varones... Con solamente un éxito parcial tras la primera purga prescrita por Monardes, Cataño se negó a tomarla por segunda vez, quedando sano tras emplear el "Ruy

barbo de Mechoacan". ... "No quedé satisfecho — prosigue Monardes— hasta que otros muchos que vinieron en aquella sazón y enfermaron, se purgaron con el mismo Mechoacan y les fue muy bien con él... Vistas sus buenas obras en tantos, comencé de usarlo, y purgar a muchos con ello, dando crédito a sus buenos efectos". La difusión de su uso no se hizo esperar, y así nuestro autor declara haber "enviado grandes relaciones de él casi a toda Europa, así en latín como en nuestra lengua".<sup>27</sup>

Este ejemplo de la raíz de Michoacan (*Convolvulus Mechoacan*) es de gran interés, ya que muestra como fue todo el proceso mediante el cual Monardes pasó de la duda más completa a la convicción en cuanto al valor terapéutico de la planta e ilustra la manera como fue abriendo su mente a la posibilidad del empleo de elementos "de que no teníamos cosa alguna escrito, ni sabido..."

Las búsquedas se multiplicaron, y es así que un francés que venía de Florida le puso en contacto con el sasafrás (*Sassafras officinale*);<sup>28</sup> algunos viajeros provenientes de Nueva España hicieron lo mismo con el Palo Santo (*Aristolochia Odoratissima*);<sup>29</sup> un caballero (?) le da la pimienta de Indias, o pimienta luenga, en la que encontró las mismas propiedades medicinales que tiene la pimienta oriental;<sup>30</sup> pasajeros que venían de Florida le mostraron el ámbar gris.<sup>31</sup> El Obispo de Cartagena no pudo evitar la curiosidad de Monardes, quien obtuvo de él información de primera mano acerca de las sustancias medicinales que se encontraban en aquella tierra, especialmente de la Sangre de Drago (*Pterocarpus draco* L.), efectísimas contra los flujos del vientre (diarreas), para retener los flujos de sangre en cualquier parte del cuerpo para cicatrizar y aún evitar la caída de los dientes.<sup>32</sup>

Su fama le redituó cada vez mayor información. Muestra de ello es la carta enviada de Perú por Pedro de Osma en diciembre de 1568, en la que el remitente se identifica como un soldado que ha leído el libro de Monardes publicado tres años antes y lo encomia por la inmensa utilidad que allí había tenido el conocer la verdad acerca de las plantas que no se usaban por recelo y desconocimiento de sus "virtudes y provechos".<sup>33</sup> Con la carta iban hierbas y semillas y tres piedras bezoares. La tercera parte de la obra de Monardes, publicada en 1574, está dedicada en su mayor parte a productos llevados del Perú, con un pequeño número procedente de Nueva España y un solo elemento de Santo Domingo. Para entonces Monardes estaba ya dispuesto a probar con todos aquellos fármacos cuyo uso no denotara riesgos graves para los enfermos, y a creer en las narraciones de indios y viajeros. Lo que era reticencia años antes, se había trocado en apertura. Habiéndose cuidado en extremo de ser objetivo en cuanto afirmaba, se atrevió entonces a hablar del

árbol peruano con cuyas ramas se mostraba si los enfermos habían de morir o sobrevivirían a su mal. Debían para ello mantener un ramo apretado con la mano izquierda y con solo ello mostraría, si iba a vivir, mucha alegría y contento, siendo sobrecogido de decaimiento y tristeza en el caso contrario.<sup>34</sup>

No obstante y todas las innovaciones, la medicina preconizada por Monardes no abandonó los lineamientos de la medicina galeno-hipocrática, que era la medicina científica en su tiempo. Siempre trata de encontrar semejanzas entre las nuevas especies vegetales y las ya conocidas y sus clasificaciones llevan hacia grupos presentes en las páginas de los antiguos, especialmente Dioscórides. Las acciones de los nuevos fármacos siempre son consignadas de acuerdo a los cambios humorales que se creía condicionaban y a las calidades con que se les podía identificar, siguiendo en esto también a la teoría humoral. Así los elementos curativos eran clasificados como calientes o fríos, secos o húmedos distinguidas estas propiedades del primero al cuarto grado, aunque, por ejemplo, en el caso de la cebadilla (*Sabadilla officinarum* L.), se atreva a afirmar que sería más caliente del cuarto grado si hubiera otros. De tal forma, los nuevos fármacos no venían a romper una clasificación existente, sino a enriquecer sus filas y serían usados no por lo que decían de ellos los médicos de las diversas culturas amerindias, sino en función de sus efectos humorales confirmados. Esta actitud sería plenamente personificada en la obra de Francisco Hernández quien en su exhaustiva exploración de la naturaleza novohispana (1570-1576) actúa justamente así. Desde su jardín sevillano de la calle de la Sierpe, Monardes continuó preguntando acerca de las plantas y substancias americanas y experimentando con ellas hasta casi el fin de su vida. En su testamento legaba a uno de sus hijos, Dionisio, un manuscrito sin terminar que versaba sobre medicina, tal vez una cuarta parte de la Historia Medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales y que sirven en Medicina.

#### Referencias

1. MONARDES, NICOLAS: Primera y Segunda y Tercera partes de la Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina. Tratado de la piedra Bezaar y la yerba Escuerzonera. Diálogo de las grandezas del hierro y sus virtudes medicinales. Tratado de la Nieve y del breve frío. Sevilla. Alonso Escribano. 1574.
2. FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO: Sumario de la natural historia de las Indias. Toledo, Ramón de Petras. 1526.
3. FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO: Historia general y natural de las Indias. Sevilla. Juan Cromberger. 1535.
4. FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO: Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Oceano. 4 vols. Madrid. Real Academia de Historia, 1851-1855.
5. ORTA, GARCIA DE: Coloquios dos simples e drogas he causas medicinales da India. Goa, Joannes de Endem. 1563.
6. ACOSTA, CRISTOBAL DE: Tractado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales con sus plantas debuxadas al bivo. Burgos. 1578.
7. SAHAGUN. FR. BERNARDINO DE: Historia general de las cosas de Nueva España. 4 vols. México. Porrúa. 1969.
8. HERNANDEZ, FRANCISCO: Obras Completas. 7 vols. México. UNAM. 1960-1985. Los volúmenes II y III contienen la Historia Natural de la Nueva España.
9. MONARDES, NICOLAS: De secanda vena in pleuriti, inter graecos et araves concordia. Hispali, 1559.
10. BRAVO, FRANCISCO: Opera Medicinalia. México, Pedro Ocharte. 1570.
11. MONARDES, NICOLAS: Segunda parte del libro de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al uso de la medicina. Sevilla. Alonso Escribano. 1571.
12. MONARDES, NICOLAS: Libro que trata de dos medicinas excelentísimas contra todo veneno: que son la piedra Bezaar y la yerba Escuerzonera. Sevilla. Sebastian Trujillo. 1565.
13. MONARDES, NICOLAS: Diálogo del hierro y de sus grandezas y excelencias. Sevilla. Alonso Escribano. 1574. ff. 158-185.
14. VIESCA, C: Nicolás Monardes, médico sevillano del siglo XVI. Introducción a la edición facsimilar de la edición de 1574 (en preparación).
15. MONARDES: De la piedra bezaar, fo. 26 v.
16. Ibid. fo. 143 v.
17. MONARDES: Parte segunda. fo. 78 r.
18. MONARDES: Tercera parte. fo. 110-112.
19. MONARDES: Primera parte. fo. 31 r.
20. Ibid. fo. 18 v.
21. Ibid. fo. 12v. y sigs.
22. Ibid. fo. 14 r.
23. Ibid. fo. 14 v.
24. CHAUNU PIERRE: Sevilla et l'atlantique. 12 vols. París. colfn. 1956. vol. VI. p. 1027.
25. Monardes. Primera Parte. fo. 13.
26. Ibid. fo. 31 v.
27. Ibid. fo. 30 r.
28. MONARDES: Parte Segunda. fo. 51 v.
29. Ibid. fo. 65 v.
30. Ibid. fo. 86 r y v.
31. Ibid. fo. 91 v
32. Ibid. fo. 80 r.
33. Ibid. fo. 73 y ss
34. MONARDES: Tercera parte. fo. 108 v. 109. r. sigs.

## COMENTARIO OFICIAL

FERNANDO MARTINEZ-CORTES\*

Por dos razones me es, en verdad, satisfactorio comentar el trabajo de ingreso a nuestra academia del doctor Carlos Viesca. Tal duplicidad se debe a que, por una parte, el doctor Viesca es un joven compañero al que me une un entrañable afecto y, por la otra, a que con su ingreso, el grupo de historiadores de la medicina de ésta corporación cuenta con un miembro más que le permitirá cumplir con sus tareas, tan importantes en estos tiempos de crisis y de cambios.

Esas tareas que debemos cumplir el doctor Juan Somolinos, el doctor Enrique Cárdenas de la Peña, el que habla, y de aquí en adelante también el doctor Carlos Viesca, son las de contribuir a que el saber médico, profundo pero a la vez limitado a cierta parcela de las ciencias médicas, adquiera un carácter verdaderamente académico, es decir, que encuentre su sentido no solamente al inscribirse en el concierto de los demás conocimientos del presente sino también al tomar su lugar en el constante fluir diacrónico de nuestra profesión, lo cual se logra al mirar hacia su pasado, pero también hacia su futuro.

\*Académico titular.

Hace casi sesenta años -en 1928 para ser exactos- el gran historiador de la medicina que fue Henry Sigerist inició el cambio de una historia de la medicina de corte positivista a la que hoy se acepta como la verdaderamente útil para todo aquel médico que se interroga acerca de lo que hace, de qué significa su oficio, de qué sentido tiene su profesión, respecto de dónde viene y a dónde va, del lugar que ocupa su saber y su quehacer en la cultura y la sociedad de su tiempo.

El propio Sigerist, en el prólogo al primer volumen de *kiklos*, publicación que en 1928 inauguraba una nueva manera de hacer historia de la medicina, se encargó de definir las características de ésta. Debería ser una historia médica capaz de interpretar el pasado, de vivificarlo y de hacerlo fecundo para entender y hacer mejor el presente y el porvenir.

Para cumplir tan ambicioso y útil propósito, no bastaba ya el llamado "contenido objetivo" del documento histórico: no eran suficientes fechas, nombres, hechos y más hechos alineados uno tras otro según su ocurrencia en el tiempo: era indispensable descubrir las "conexiones de sentido" entre los diferentes hechos. Gracias a tales conexiones el historiador podía *entender* el pasado, es decir, cumplir con su verdadero papel como profesionista de la historia.

En el campo de la historia de la medicina, estas conexiones de sentido tienen que buscarse dentro de la medicina misma, pero también tienen que establecerse con la ciencia en general y determinadas disciplinas, con la cultura, la economía, la organización social, etcétera.

Quedó atrás, por tanto, la historia de la medicina como crónica, como anécdota, o bien como un cuidadoso engarzamiento de los hechos como cuentas de un rosario. No se vaya a creer, sin embargo, que es totalmente inútil la tarea de los catalogadores de hechos, de los coleccionadores de fechas, pues éstos aportan el material que servirá para establecer las conexiones de sentido a las que antes nos referimos.

El trabajo del doctor Viesca se inscribe dentro de esta historia interpretativa, buscador de significa-

dos que nos permiten entender mejor nuestro momento actual.

¿Por qué la medicina galeno—hipocrática que practicaba Nicolás Monardes, con el descubrimiento del Nuevo Mundo no se alteró en lo más mínimo en cuanto a su teoría, pero sí en los medios terapéuticos, cosa que podemos comprobar también en América al estudiar los textos de los médicos galeno—hipocráticos que llegaron a México en el siglo XVI? ciertas conexiones de sentido nos permiten decir que si bien el “dogma” de los cuatro humores estaba firme, los resultados con la terapéutica europea dejaban mucho que desear y el mundo estaba atento a las novedades, sobre todo las de carácter exótico. Por eso los libros de Monardes sobre las plantas americanas alcanzaron treinta ediciones.